

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS,

durante la última cuaresma;

POR EL P. FELIX, JESUITA.

(Continuacion.)

Ya lo veis, así en esa pendiente espantosa adonde el orgullo conduce á la humanidad, se precipita todo con las ruinas del progreso moral; ciencias, letras, religión, sociedad y aun el mismo progreso material. ¿Queréis levantaros? Humillaos. Con la humildad cristiana se vuelven á levantar la filosofía, la literatura, la sociedad, la religión; la industria misma sigue su curso regular, legítimo y fecundo, y el progreso está en todas partes. Humillándose ante Dios, es como el rey de Babilonia se levantó de su abyección hasta la gloria de su trono. La elevación está en el abatimiento; cuando la humanidad se inclina, confesando su miseria y reconociendo su nada, se levanta por sí misma de su mismo abatimiento, y todo se levanta con ella y se remonta hasta Dios.

Conferencia V.

EL LUJO.

I.

El tercero y principal obstáculo á nuestro progreso moral, es el orgullo de la

vida, según hemos demostrado en nuestra última conferencia. El orgullo, que empieza por la separación de Dios, es por sí mismo el principio de toda caída y de toda decadencia humana. Su noción, su origen, sus tendencias y su historia, todo nos revela que en él está la raíz profunda de todo desorden y de toda decadencia moral. Por una consecuencia necesaria, el orgullo que hiere de muerte al progreso moral, hiere con golpes mortales á todos los demás progresos; y el progreso científico, y el progreso literario, y el progreso social, y el progreso material, reciben del orgullo heridas profundas y encuentran en él su supremo peligro. El orgullo de la vida: ved ahí, señores, al gran antagonista, al enemigo capital del progreso que nosotros buscamos. Por otra parte, ya hemos reconocido que el sensualismo y la codicia son obstáculos al verdadero progreso; y á estas palabras de S. Juan. *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y orgullo de la vida*, podemos añadir estas palabras que reasumen nuestra predicación; todo lo que en nuestro siglo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, es obstáculo para nuestro progreso moral.

Si queremos sinceramente el progreso, ya sabemos donde está el mal que es necesario atacar; el mal no está fuera de nosotros, está en nosotros, somos nosotros mismos; y el progreso moral, del

mundo será la victoria obtenida por cada uno y por todos, sobre ese enemigo del progreso, siempre antiguo y siempre nuevo; la concupiscencia ó las pasiones sublevadas contra su fin.

Aquí podría detenerme en la manifestacion de los obstáculos al verdadero progreso, pero antes de dejar este grave punto de vista de la cuestion, debo, para completar mi pensamiento y responder á nuestras necesidades, señalaros un obstáculo último, que resulta de los otros tres. Cuando el mal ha conquistado en el mundo esas tres dominaciones, que no son mas que una, el reino del orgullo, el reino de la codicia, el reino del sensualismo, estas tres miserias produjeron á su vez, como su fruto natural, un mal que por su misma naturaleza se derriba de estas tres hijas de la concupiscencia; mal singular que engaña á los pueblos desvanecidos por un esplendor mentido, miseria profunda cubierta de ropas brillantes, tanto mas peligrosa y fatal para la humanidad, cuanto que las naciones que son acometidas por ella, toman ese adorno que las cubre, como un signo de prosperidad social y de progreso humano. Esa miseria complexa y llena á la vez de todas las seducciones y de todos los peligros, es el lujo, el lujo, producto simultáneo de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y del orgullo de la vida. El sensualismo le produce, porque como él y con él, alhaga á los sentidos y sonríe á la carne. La codicia le produce, porque la riqueza ávidamente deseada por los codiciosos, es para el lujo un alimento necesario. El orgullo le produce, porque con los esplendores y las pompas del lujo, suministra el orgullo al hombre una grandeza prestada, que exalta á las almas por medio del ornato de los cuerpos. El lujo tiene al orgullo por padre, al sensualismo por madre y á la codicia por nodriza.

El lujo, señores, constituye hoy un hecho dominante de la mas alta importancia, y sobre el cual conviene no engañarnos; este hecho produce los efectos

mas desastrosos, é impone á los que tienen poder para disminuirle, la obligacion urgente de contener sus tendencias. Tal es el objeto de este discurso.

II.

En primer lugar, señores, debemos saber que la palabra lujo tiene diversos sentidos que es preciso no confundir. El lujo, en su acepcion general, significa cierto brillo de las cosas, cierto adorno de los hombres, que produce la vida social y el progreso de la civilizacion material. El hombre ama naturalmente todo lo que es bello, brillante, armonioso; desea en la belleza exterior de los hombres y de la sociedad, un reflejo de ese orden y de esa belleza cuyo instinto inextinguible lleva en su alma. El hombre, rey de la creacion, tiene derecho á llevar sobre sí y alrededor de sí algun signo de su imperio; y cuando pide á la naturaleza y á la industria, moradas y vestidos dignos de él, ejerce un acto de su soberanía. Por otra parte, el cuerpo humano despues de la caida no es bello á nuestros ojos, sino adornado por manos del pudor. El hombre civilizado no tiene mas que en su vestido toda su soberana belleza, verdad social y artistica que los artistas deberian tener mas presente para contener su pasion de pintar la desnudez humana, pasion que rebaja al arte con las costumbres, y que impide que el pudor admire las obras maestras.

El lujo tiene una significacion legitima, tiene una medida que la conveniencia determina y que la virtud misma hace adivinar. El lujo es en las sociedades bien ordenadas y en las civilizaciones bien constituidas, un signo natural de la gerarquia social. Contenido en sus limites, completa el orden en vez de destruirle; y el catolicismo mismo, reduciendo ese lujo legitimo á su verdadero destino, le dá una consagracion religiosa, haciendo de sus templos espléndidos y de sus radiantes santuarios como una aparicion de la belleza de los cielos.

Pero hay un lujo que no es otra cosa

que el fruto de la concupiscencia, lujo inmoderado y sin freno, prodigalidad insolente de adornos, de ornatos y de gastos, tendencia ilegítima y loca, que en vez de detenerse en los límites de lo necesario ó de lo conveniente, olvida lo necesario y traspasa lo conveniente, para dirigir todas las ambiciones y todos los deseos hácia lo que es superfluo sin motivo, y hácia lo suntuoso sin razón. El lujo, en fin, conduce también á la quimera de un acrecentamiento indefinido. Ved ahí al lujo de cuyas ideas, aspiraciones y hechos, voy ocuparme.

Es, señores, singularmente notable que el lujo, tal y como nosotros acabamos de definirle, el lujo que marcha con los goces hacia un acrecentamiento indefinido, es en este siglo una idea dominante. Yo he dicho al principio de esta predicación: «El progreso es la idea del siglo» yo puedo añadir ahora: «El lujo es la idea del siglo.» No hay que admirarse de esto. En el pensamiento de los hombres desvanecidos por las nociones del progreso material, el desenvolvimiento indefinido del lujo y el progreso de la humanidad, no son dos cosas, son una cosa sola; y caso que sean cosas distintas, lo son como el efecto es distinto de la causa y el medio distinto del fin. Tan íntima y necesariamente unidos están en las nuevas teorías, que en el estado social de las sociedades, el uno debe ser la razón, el medio y el resorte del otro. El siglo establece como un principio el acrecentamiento indefinido de los goces, y apela por consiguiente al acrecentamiento del lujo. Si el acrecentamiento indefinido de los goces es, como antes hemos establecido, el supremo ideal á que se dirige la industria materialista, el desenvolvimiento progresivo del lujo es uno de los resortes más poderosos para llegar á aquel. Esto es para los géminos de estos tiempos, tan adheridos á la materia, lo que ellos llaman en su lenguaje, la idea progresiva.

Ved ahí lo que caracteriza en el fondo el lujo de nuestro tiempo; no es como en Babilonia, en Tiro, en Roma ó en Cartago un hecho puramente material salien-

do por sí mismo del reino de las tres concupiscencias, es una reunión de ruedas que constituyen el mecanismo de las sociedades modernas: no es un accidente, es un sistema; no es un simple fenómeno es un principio, una doctrina, una idea.

¿Pero que digo? en el fondo de los nuevos sistemas, la aceleración indefinida del lujo en la humanidad, es más que una idea y más que un principio, es un dogma. Si, señores, para los grandes pontífices de la industria sensualista que no quieren más Dios que la materia, ni más religión que los goces, el lujo es un culto y su acrecentamiento indefinido está escrito como un dogma en el símbolo del porvenir. Nunca se había visto una cosa semejante. Estaba reservado á estos tiempos de perturbación inaudita, buscar para todos sus excesos una consagración doctrinal, y exigir que la ciencia y aun la religión legitimasen todos sus vicios. Cuando el lujo ha visto al orgullo, encomiando bajo el nombre de independencia, como la verdadera grandeza social; á la codicia enseñada bajo el nombre de especulación como ciencia de la vida; al sensualismo, en fin, bajo el nombre de bienestar, consagrado como una cosa santa; entonces el lujo, á su vez ha venido á exigir de los nuevos predicadores, que legitimen su reinado sobre las generaciones vivientes y ha dicho á los teóricos del sensualismo, á los filósofos de la industria y á los teólogos de los goces. «Id, enseñad á las naciones, á reconocer mis derechos y á aceptar mi imperio; decid que yo soy legítimo como es legítima la dicha: útil como es útil el bienestar; necesario, como es necesario el pan; santo, como es santa la Religión.»

Los apóstoles del lujo no han faltado á este llamamiento y han predicado con una elocuencia tan ampulosa como vacía, la utilidad, la necesidad, la legitimidad, la santidad, la religión del lujo. Ellos han desenvuelto, comentado y embellecido por una fraseología superabundante, la paradoja de la civilización que nos preparan; y han dicho.—El acrecentamiento

indefinido del lujo, es el vuelo de la industria, es la elevacion del trabajo, es el impulso del comercio, es el movimiento del capital, es la multiplicacion del producto y del consumo. El acrecentamiento indefinido del lujo es la fortuna del rico, el bienestar del pobre, la dicha de todos. Contened el vuelo del lujo, y veréis cuántas máquinas van á inutilizarse, cuántas industrias van á languidecer, cuántas fortunas van á destruirse, cuántos brazos van á quedar parados, cuántas bocas van á tener hambre, cuántas miserias van á producirse, cuántos gritos se van á oír, cuántas amenazas van á resonar y quizás, cuántas revoluciones van á sobrevenir.

Señores, yo no discuto aquí esta apología, ó mas bien, esta filosofía del lujo sin medida y sin límites, que ha reducido, bien lo sé, á corazones generosos y á inteligencias privilegiadas. Consigno el movimiento de las ideas contemporáneas, y si quereis leer los libros y escuchar los discursos, y oír en el Oriente y en el Occidente las voces y la respiracion de las almas, os convenceréis que yo no hago mas que formular ideas, sembradas en la atmósfera de las inteligencias, como estan sembrados los átomos del polvo alrededor de nosotros en el aire que nuestros pechos aspiran.

Tal es la ley de las cosas y la naturaleza del hombre; las ideas que se hacen dominantes en una generacion, engendra en las almas aspiraciones correspondientes. Así en el lujo que tenia ya entre nosotros como en todas partes, su razon de ser y su causa eficaz en el sensualismo, en la codicia y en el orgullo del siglo, ha recibido del soplo poderoso de las ideas, un vuelo prodigioso que arrastra hoy á todas las almas. La pasion del lujo no es ya como en otros tiempos, la pasion reservada á una clase de la sociedad; como una lepra universal ha invadido á las clases todas y á todo el cuerpo social. La grande aristocracia quiere igualar á los reyes; la pequeña aristocracia quiere igualar á la grande; el aldeano quiere sobrepujar al noble; el proletario mismo quiere igualarse con el ciudadano. El lujo dice

al pueblo que no posee: «toma ese mueble y serás como el propietario.» El lujo dice al sencillo propietario: «toma ese vestido y serás como el noble.» el lujo dice al noble: «toma esa librea, ese tren, ese equipaje, y serás como un príncipe.» El lujo, en fin, dice á todos, exaltando la imaginacion y sobreescitando los deseos. «Comed mejor, hospedaos mejor, vestid mejor y sereis como dioses.» Así ha llegado á ser el lujo en todas las clases y en todas las condiciones, la universal fascinacion de las almas y la soberana seducción de los deseos. Emanados de las cimas de la sociedad ó contenido en sus justos límites, era un signo de distincion y de superioridad social; pero exagerándose á si mismo, ha provocado de arriba á abajo imitaciones tan locas, que de un extremo al otro de la gerarquía social, hay en los muebles, en los festines, en los adornos y en las habitaciones, una lucha de esplendores, de suntuosidad y de bienestar, que se diria que el orgullo rivaliza con el orgullo, el sensualismo con el sensualismo, y la codicia con la codicia: ¡Pasion intemperante y febril que la industria misma por una aberracion mas, fecunda con todas sus fuerzas poniéndose con sus invenciones al servicio del lujo, y dejándose llevar de la corriente de las concupiscencias...!

¿Qué he visto yo en esta sociedad, entregada sin medida y sin freno á los desbordamientos del lujo? ¿Qué he visto yo en todas partes y en todas las clases bajo formas y proporciones diversas? El mismo mal que vive, que crece, que os amenaza.

Yo he visto á los ilustres de la fortuna, desplegar un fausto que quizás los reyes de Persia hubieran admirado, dando festines que Sardanápalo no hubiera visto sin asombro, y acelerando en orgias que aborven sus pasiones, un movimiento desastroso que prepara su ruina.

Yo he visto á la pequeña fortuna, destrozándose á si misma con esfuerzos impotentes para imitar á la grande, y darse á fuerza de lujo un brillo lleno de mentiras. Yo he visto la renta de la familia y el por-

venir de los hijos, diezmados de año en año por un lujo insaciable. Yo he visto á jóvenes consumiendo en suntuosidades llenas de deshonra, un patrimonio formado con los sudores ya que nó con las lágrimas de sus antepasados. Yo he visto maridos destrozando en pocos años la dote de sus mugeres, arrojado como una presa á su furor de gastar. Yo he visto mugeres dejándose arrastrar, á fuerza de sensualismo y de vanidad, á gastos secretos que son robos simulados, y sepultando en los pliegues de sus vestidos el sueldo de un marido empleado, reducido algunas veces por estas locuras ruinosas, á ir á buscar á la Bolsa su última esperanza, y para no encontrar quizas en ella mas que su última desesperacion.

Yo he visto en fin, en nuestros dias, lo que jamas se habia visto ni aun en el mayor apogeo de la fortuna; la pasion del lujo hecha popular. Yo he visto á los hábiles del siglo explotando en su provecho esta pasion desastrosa, y construir para los que apenas tienen lo necesario, hoteles y fondas babilónicas en que entra el pueblo mas bien para ensanchar sus deseos, que para mitigar el hambre.

III.

Ved ahí, señores, en resumen la fisonomía del siglo considerado bajo el punto de vista del lujo. Pero si tal es la fisonomía del siglo con relacion al lujo ¿cuál es la importancia del lujo con relacion á la cuestion del progreso? El lujo tal y como yo acabo de mostrarle ¿es un bien, ó es un mal social? ¿es una fuerza ó una debilidad? ¿es una prosperidad ó una decadencia? ¿es en fin, bajo el punto de vista de los verdaderos intereses del mundo, y de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, un progreso ó una decadencia? Yo se que no faltan hombres que han establecido ya sus tesis sobre esta materia. Si no demuestran su idea hacen lo que es mas fácil para su genio y mas poderoso sobre la imaginacion de los pueblos, la formulan como un principio, la establecen como un axioma y dicen. «El

vuelo indefinido del lujo es la honra de nuestro siglo, es la conquista de nuestro genio, es el signo de nuestra prosperidad, es el impulso de nuestro progreso.»

Señores, no nos dejemos fascinar por el prestigio de las palabras; penetremos en el fondo de las cosas, y allí veremos que hay en el lujo contemporáneo un verdadero peligro social; y signos muy manifiestos de decadencia efectiva.

Dejemos sobre los peligros del lujo en general esos cuadros que son ya demasiado vulgares, y que ofrecerían á la palabra fáciles recursos, é insistamos en aquellos puntos que son mas actuales y mas vivos.

Dije hace dos años, que una de las grandes necesidades de estos tiempos, era la donacion voluntaria de los bienes, que tiene por fin compensar por medio de beneficios gratuitos la desigualdad social, y unir con amor mútuo á generaciones separadas por la fuerza de las cosas ó por la injuria de los hombres. No tengo necesidad de demostrar ahora, como entonces, la necesidad de cegar el abismo de la miseria por la única fuerza capaz de cegarle, la donacion fraternal y voluntaria de los bienes. Ante esa necesidad del siglo, que se manifiesta cada dia mas profunda, en aspiraciones formidables y en teorías mas formidables aun, el efecto que produce el acrecentamiento indefinido del lujo es *la disminucion progresiva de los dones voluntarios*. El lujo poniéndose al servicio de la concupiscencia, agota los mantiales de la donacion y prodiga al egoismo los tesoros de la caridad; los publicistas, los moralistas y los predicadores de estos tiempos, se han complacido en atacar en sus libros y en sus discursos los muebles de vuestras casas, los vestidos de vuestras mugeres, y han vituperado hastas las formas y proporciones de vuestros trajes. Yo creo, señores, que lo que es necesario señalaros como un peligro, no es ni la forma, ni la dimension que consagran los caprichos de la moda. Toda forma es buena, si guarda con el pudor el respeto que la humanidad se debe á si misma.... Lo que hay de grave bajo esas formas ligeras, es

el fondo. ¿Y sabeis lo que hay de grave y aun de formidable, en el fondo de esas modas en apariencia tan inocentes y tan inofensivas? Pues sabedlo, es la locura de los gastos egoistas y soberbios que agota, ó al menos disminuye, prodigiosamente esos manantiales en que á no existir tantos abusos, vendrian á socorrerse tantas miserias. Es evidente que todo lo que el lujo consume en vestidos, en festines y en muebles, no puede alimentar, vestir, ni socorrer al pobre. Por mas grandes que sean vuestras posesiones, por mas ricos que seais, vuestras rentas no pueden llegar al infinito, y es necesario que el todo se reasuma y contenga en una cifra. De esa cifra tomad lo que exigen lo necesario, el rango, la conveniencia y la posicion social. Yo doy entrada á todo lo que es legitimo. Hecha esta separacion ¿qué os queda? Tambien esto se espresa por una cifra, y esa cifra espresa lo que podeis dar sin perjuicio de vuestra consideracion, sin faltar á las exigencias de vuestra posicion; esa cifra es lo que se puede llamar el tesoro de la caridad y la parte de los pobres. ¿No es evidente que si el lujo impulsado por el soplo del siglo exagera indefinidamente sus exigencias, si dice cada año, yo necesito un traje y otro traje, un mueble y otro mueble, un equipage y otro equipage, no es evidente, repito, que todo lo que el lujo toma de esta parte lo roba al pobre que está desnudo, al pobre que tiene hambre, al pobre que no tiene nada? Curioso seria calcular la dicha que alcanzarian los pobres, si el lujo contemporáneo mermase de repente sus gastos inútiles y locos. ¿Que sucederia si todos los ornatos superfluos, aun para la elegancia, cayeran juntos en las manos de la miseria, por un milagro de caridad universal? ¿Cuántos pobres aparecerian vestidos con esos dichosos despojos que cubririan la miseria sin quitar nada al ornato! Permitidme un solo ejemplo, que aunque algo extremo es histórico y actual. Una muger, por una de esas desgracias que nuestros progresos hacen demasiado frecuentes, vive separada de su marido. Para sus gastos

recibe anualmente 130,000 francos; trata con parsimonia á sus amigos, y se dice que está obligada á hacer economias. ¿Qué misterio es este? Vedle aqui: 120,000 francos se destinan para el vestuario y el resto para lo necesario, para el rango, para la posicion, ¿Qué queda para el pobre? ¿Dónde está lo destinado para el ejercicio de la caridad? Ya lo veis; no ha quedado nada. El lujo lo ha consumido todo.

Alguno dirá que es una exageracion, porque hay hombres siempre dispuestos á evadirse de las severidades de lo verdadero por medio de esta palabra triunfante. *Es una exageracion.* Efectivamente hay exageracion en el hecho, pero no en la narracion, porque la narracion es esactamente igual al hecho, y no es culpa nuestra si por los vicios de nuestro tiempo aparecen como monstruosos, hechos contemporáneos. Sea lo que quiera, y aun si asi os place, disminuidd las proporciones; porque aun cuando el resultado no sea el mismo será muy semejante. Siempre es la misma ley la que se cumple; el lujo devorando en todo y en parte los auxilios del pobre.

Afortunadamente la caridad y el sacrificio, viven aun en una parte de la sociedad escogida y verdaderamente cristiana, para atenuar y disminuir los efectos que á nuestros ojos produce el lujo contemporáneo. ¡Bendito sea el cielo! viva está aun la caridad entre nosotros y ella es la que defiende á la miseria de las injurias y de los insultos, de un lujo egoista y brutal. Pero en vano procurariamos disimularlo; ese lujo en los vestidos, en las habitaciones y en los festines, mas propio de un pueblo pagano que vive bajo el imperio del egoismo, que de un pueblo cristiano engendrado en la ley del amor, ese lujo tiene yo no se que cosa, pero una cosa inhumana, tan insultante á la humanidad como al Evangelio. Ese lujo tan brillante, tan esmerado, tan elegante y tan pulcro, es como el tigre que bajo su piel lustrosa y centelleante lleva instintos feroces: es un mónstruo que come el pan de los que tienen hambre, y

bebe las lágrimas de los que lloran. En ese lujo que por todas partes se despliega ante las miradas de los hambrientos, en ese lujo insolente, provocador é inhumano, creen ver mis ojos consternados lágrimas, ya que no sangre. ¡Tantos son los dolores que gimen, las miserias que padecen y las vidas que mueren en esos crueles refinamientos!!!

Creo oír la voz de algunos hombres que me dicen.—Teneis razon, el lujo cuando llega á ciertos límites, agota todos los recursos destinados al socorro de la miseria. Pero no considerais las cosas mas que por un lado, y no veis que si el lujo tiene el inconveniente de disminuir los dones, tiene por otra parte, en los elementos de riqueza que desenvuelve, la incontestable ventaja de contribuir por si mismo á la disminucion de la miseria.— Temó, señores, que los que asi nos replican, sean verdaderamente los que no ven la cuestion mas que por un solo lado, cayendo en el error que nos echan en cara. Sea de eso lo que quiera, ved aqui, señores, una idea que en nuestro tiempo ha alcanzado un triunfo fatal á los desgraciados. Se dice:—El acrecentamiento del lujo es la disminucion de la miseria.—Que esto se dice, es indudable. Pero yo pregunto á todo este gran auditorio ¿quién lo ha demostrado? Si entre vosotros hay algun autor que crea haber hecho esta demostracion, por el amor de los pobres de Jesucristo le ruego nos dé á conocer su libro. Desde luego pudiera decirnos, señores, que disminuir los dones voluntarios hechos por los que poseen en favor de los que no poseen, es una manera bastante nueva de disminuir la miseria. Acabais de ver, y os habeis visto obligados á reconocer en el brillo de la evidencia, que el acrecentamiento indefinido del lujo es la disminucion indefinida de los dones voluntarios y que todo lo que el lujo consume en sedas, en púrpura, en plata y oro para los vestidos, en los muebles y en las habitaciones de los ricos, no puede por su naturaleza contribuir á cegar el gran abismo de la miseria popular.

Pero dice un gran economista; si eso es un hecho, nada es tan demostrativo como un hecho. Sea en buen hora. ¿Pero de qué hecho hablais? ¿Quereis decir que en realidad y á nuestros propios ojos, el acrecentamiento del lujo por el impulso de la industria, es la disminucion efectiva de la miseria? En este caso yo tambien podré preguntaros ante el hecho que se efectúa ¿estais seguros de ello? Nosotros tambien tenemos ojos para mirar, y un pensamiento para percibir la realidad de las cosas. Pues bien; ante la demostracion que se impone á los ojos y al pensamiento ¿os atreveréis aun á sostener la paradoja cruel de que el acrecentamiento del lujo en los ricos, es la disminucion de la miseria en los pobres? ¡Ah! si á tal os atreviérais, os juro por la verdad, que la Europa entera se levantaria en testimonio y gritaria contra vosotros. Aun cuanto solo quisierais mirar á la superficie de las cosas ¿qué no veriais en el Oriente, en el Occidente, en el Mediodia y en el Septentrion, y alli sobre todo donde la industria moderna y el lujo que ella alimenta han tomado proporciones mas vastas y un vuelo mas rápido? ¡Ah! veriais de las dos estremidades del mundo social levantarse dos humanidades una enfrente de la otra; una cubierta de púrpura; otra cubierta de andrajos; una mostrando al siglo el esplendor de un lujo inaudito; otra el oprobio de una miseria desconocida en los siglos cristianos. Apelais al hecho, pues ese es el hecho, el hecho vivo, el hecho contemporáneo, el hecho inmenso, el hecho universal; es la gran antitesis que se levanta llena de amenazas ante nuestros ojos abiertos, y ante nuestras almas espantadas; es la antitesis del lujo y de la miseria que existe siempre en el mundo, porque procede de causas permanentes y generales, pero cuyo fenómeno se agranda cada dia, tomando á nuestra vista caracteres que le son propios porque provienen de causas que son particulares á nosotros, y que nacen del movimiento de la sociedad actual.

¿Cuáles son esas causas? porque para remediar el mal es necesario ir á buscar

sus causas. Señores, esas causas son múltiples, son complejas, pero detras de las causas secundarias hay una causa mas general y mas profunda, y es que en tanto que vosotros empleais en las satisfacciones del lujo la mayor parte de las potencias humanas, falta la potencia para producir lo necesario. Las fuerzashumanas puestas por el trabajo y la produccion al servicio del género humano son limitadas. Necesario es, ó reconocer esta verdad ó negar el sentido común. De ahí procede el siguiente inevitable resultado. Cuantas mas fuerzas empleais para producir lo superfluo, tantas menos fuerzas os quedarán para producir lo necesario; y por consiguiente cuanto mas poderosos seais para crear lujo para los ricos, tanto mas impotentes seréis para crear medios de remediar las necesidades del pobre. ¡Ah! vosotros haceis alarde del poder de los tiempos modernos, para multiplicar los productos y ensanchar, como dicen vuestros poetas de la industria, el festin de la creacion; pero ante esas maravillas que yo admiro tengo necesidad de preguntaros ¿qué recibe de todo eso mi hermano el pobre? ¿tiene el pueblo menos hambre despues que vuestras máquinas han funcionado y labrado para el placer de los ricos, esos prodigios que tanto encareceis? ¿No veis que las creaciones de la industria moderna, sirven principalmente para enriquecer mas á los que son ya ricos, y para empobrecer mas á los que son ya pobres? ¿No veis que la gran industria funciona casi exclusivamente para alimentar el lujo, es decir para multiplicar los goces de los que ya gozan demasiado, en tanto que los hombres que tienen hambre apenas pueden reunir para no morir, algunas migajas de pan de esos festines y banquetes que dais en obsequio de los que ya estan demasiado bartos? ¿No veis que á medida que el imperio del lujo hace abundar lo superfluo, hace mas raro y mas inaccesible al pobre lo que le es absolutamente necesario? ¿No veis que nunca se ha temido tanto como en este siglo de lujo inandito esta pregunta suspendida por todas partes sobre la sociedad viviente?

¿Habrà pan? Nunca como en este tiempo de acumulacion de lo superfluo se ha temido tanto un año de escasez. ¿De dónde proviene que vuestra sociedad está incesantemente sometida á crisis periódicas, que parece alcanzarse las unas á las otras, y que cada lustro trae infaliblemente ó una crisis en la moneda, ó una crisis en el trabajo, ó una crisis en las subsistencias? ¿Puede señalarse un signo mas palpable de perturbacion profunda y de vicio radical en el movimiento que os arrastra?

(Se continuará.)

ANUNCIOS.

LOS PAPAS

Y SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

HISTORIA GENERAL

DE LOS SUMOS PONTÍFICES

DESDE S. PEDRO HASTA NUESTROS DIAS,

su cronología, su eleccion, sus hechos, sus faltas y sus virtudes, su política, sede vacante, concilios, actas, decretos, heregias, cismas, persecuciones y todo cuanto conduza á establecer la grandeza de estos personajes ilustres, cuya biografía se halla identificada con la historia del cristianismo.

POR EL PRESBITERO DON HILARIO-BLANCO,

caballero de la Real y distinguida órden española de Carlos III. examinador sinodal de varios obispados, de la Abadía del Real sitio de San Ildefonso y canónigo electo de la Santa Iglesia Catedral de Ciudad-Rodrigo, etc. etc.

Esta curiosa obra consta de dos tomos en cuarto mayor y se halla adornada con 22 magníficos retratos de diferentes Pontífices y el retrato del autor.

Se halla de venta á 70 rs. en la librería de Fandó.

Los Sres. Citras y las Corporaciones Municipales que quieran surtirse de los Estados de nacidos, casados y muertos, acudirán á la librería y redaccion de este periódico, donde se hallan de venta á 12 rs. el ciento.

TOLEDO

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDÓ,

CALLE ANCHA NUM. 34.